

BEST SELLER Nº1 DEL SUNDAY TIMES

DINAH
JEFFERIES

La Dordoña, 1944.
Algunos secretos nunca mueren...

Hijas
de la
guerra



Harper 

Historias en femenino

DINAH
JEFFERIES

Hijas
de la
guerra

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Hijas de la guerra
Título original: Daughters of War
© Dinah Jefferies 2021
© 2022, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.
Traductor: Jesús de la Torre

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: CalderónStudio
Imágenes de cubierta: Dreamstime.com y Shutterstock

ISBN: 978-84-18976-25-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)
[Capítulo veintinueve](#)
[Capítulo treinta](#)
[Capítulo treinta y uno](#)
[Capítulo treinta y dos](#)
[Capítulo treinta y tres](#)
[Capítulo treinta y cuatro](#)
[Capítulo treinta y cinco](#)
[Capítulo treinta y seis](#)
[Capítulo treinta y siete](#)
[Capítulo treinta y ocho](#)
[Capítulo treinta y nueve](#)
[Capítulo cuarenta](#)
[Capítulo cuarenta y uno](#)
[Capítulo cuarenta y dos](#)
[Capítulo cuarenta y tres](#)
[Capítulo cuarenta y cuatro](#)
[Capítulo cuarenta y cinco](#)
[Capítulo cuarenta y seis](#)
[Capítulo cuarenta y siete](#)
[Capítulo cuarenta y ocho](#)
[Capítulo cuarenta y nueve](#)
[Capítulo cincuenta](#)
[Capítulo cincuenta y uno](#)
[Capítulo cincuenta y dos](#)
[Capítulo cincuenta y tres](#)
[Capítulo cincuenta y cuatro](#)
[Capítulo cincuenta y cinco](#)
[Capítulo cincuenta y seis](#)
[Capítulo cincuenta y siete](#)
[Capítulo cincuenta y ocho](#)
[Capítulo cincuenta y nueve](#)
[Capítulo sesenta](#)
[Capítulo sesenta y uno](#)
[Capítulo sesenta y dos](#)
[Capítulo sesenta y tres](#)

[Capítulo sesenta y cuatro](#)

[Capítulo sesenta y cinco](#)

[Capítulo sesenta y seis](#)

[Capítulo sesenta y siete](#)

[Capítulo sesenta y ocho](#)

[Capítulo sesenta y nueve](#)

[Capítulo setenta](#)

[Capítulo setenta y uno](#)

[Capítulo setenta y dos](#)

[Capítulo setenta y tres](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota de la autora](#)

*Para mi hermana, las hermanas de
mi propia familia y todas las
hermanas que forman parte de mi
familia más lejana.*

Capítulo uno

EL PÉRIGORD NOIR, FRANCIA

PRIMAVERA DE 1944

Hélène

Ojalá fuera el final del verano y pudiera oler el aroma de los abetos y las píceas bañados por el sol y ver los pinzones y estorninos revoloteando entre sus ramas. Su optimismo podría así pesar más que la claustrofóbica sensación de la vida que le espera, de las viejas casas de piedra cubiertas de líquenes que la rodean mientras camina por el pueblo a medida que empieza a caer la luz. Y quizá entonces recordaría que no eran más que personas normales y corrientes que intentan sacar el mayor provecho de una situación tan imposible. Personas normales que anhelan el regreso de una vida normal.

Hélène ansiaba la luz del día, ver más de lo que se extendía ante ella. La necesitaba para predecir lo que había más allá, en el futuro, en su propio corazón. La necesitaba igual que otros necesitan el aire. Pero se decía a sí misma que, cuando todo esto hubiese terminado, seguiría teniendo toda la vida por delante. ¿Por qué ponerse en lo peor cuando podría no ocurrir jamás? Además, seguro que recibirían pronto buenas noticias de los aliados.

Mientras se alejaba de los confines del pueblo, levantó los ojos hacia el cielo añil y oyó a las primeras aves

nocturnas revolotear entre los árboles. Pensó en sus hermanas, que estaban aquí, en Francia, y en su madre, en Inglaterra. En una ocasión, cuando preguntó a su madre si era tan guapa como su hermana Élise, le respondió: «Cariño, tú tienes una cara agradable. A la gente le gustan las caras agradables. No se sienten amenazados por rostros como el tuyo».

Hélène tenía entonces once años y aquellas palabras de su madre le habían dolido. Se había estado mirando en el espejo durante media hora sin saber qué pensar de su cara. Se la pellizcó y toqueteó y puso distintas expresiones, haciendo mohines, sonriendo, gesticulando y, después, se dijo a sí misma que no importaba. Pero era mentira. Sí que importaba. ¿Y ahora? Su rostro había madurado. Era alta, atlética, de complexión fuerte como la que tenía su padre, pero también había heredado de él su pelo liso y castaño claro. Un pelo corriente. Eso la exasperaba, pero su madre tenía razón. Sus rasgos eran demasiado marcados como para ser guapa, aunque la gente admiraba sus bonitos ojos de color nuez y su cálida sonrisa. Era la más pragmática de las tres hermanas, la mayor, la más responsable. ¿Resultaba demasiado frívolo anhelar que alguien le dijera que era guapa?

La guerra era una lucha entre el bien y el mal, decía la gente. Aunque no siempre se podían diferenciar con claridad. Y, ahora, su trabajo se había vuelto más desafiante de lo que jamás se había imaginado. Sentía un enorme respeto por su jefe, Hugo Marchand, el médico y alcalde del pueblo, y adoraba a su bondadosa esposa, Marie, un alma caritativa que siempre sabía ver lo mejor de cada persona y que había sido como una madre para esas hermanas. Pero Hélène había visto y oído cosas —mentiras, engaños, actos que no se atrevería a mencionar— que preferiría no haber conocido.

Tras atravesar un pequeño campo bordeado de amapolas, pasó por un bosquecillo de nogales con cuidado de no pisar

a los gansos, hasta llegar por fin al camino y a su verja. Se extrañó al ver que la puerta de madera desgastada estaba abierta.

Nunca la dejaban así.

Su destartalada alquería parecía haber salido de la tierra de forma natural, con sus toscos muros de piedra caliza bañados por el sol del final de la tarde que resplandecían de tonos dorados y miel. Pasó junto al castaño del jardín y miró la fachada cubierta de follaje. Las enredaderas permanecían inalterables, cayendo en cascada alrededor de la puerta, tal y como ella las había dejado, todavía sin que florecieran las pasionarias violetas que tanto le gustaban. Dos ventanas cerradas de tamaño mediano pintadas de azul oscuro flanqueaban la puerta de roble, y cuando se levantaba viento y este hacía chirriar las contraventanas de madera, ella se estremecía.

Atravesó la puerta y entró a toda velocidad en la cocina para dejar su bolso sobre la mesa. De las enormes vigas ásperas del techo colgaban hierbas que habían puesto a secar: romero, lavanda, laurel, menta, salvia, tomillo y otras más. Hélène levantó la cabeza para aspirar su familiar aroma, antes de desatarse los zapatos y dejarlos abandonados en el suelo de baldosas ahuecadas y desgastadas tras siglos de pisadas. A Hélène le gustaba imaginar quién había estado allí antes que ella, y en las noches oscuras no resultaba difícil imaginar sus sombras mezclándose todavía con las telas de araña en los rincones más sombríos de la casa. Pero, en cierto modo, la mayoría de las personas vivían entre las sombras, y no solo los muertos. Volvió a estremecerse y miró la enorme chimenea de piedra tallada; incluso en primavera, esa casa podía ser fría por las noches, pero la estufa de leña no estaba encendida.

Al entrar le pareció oír a alguien en la parte de arriba de la casa.

—Hola —gritó—. Florence, ¿eres tú?

No hubo respuesta.
—Élise, ¿estás en casa?

Capítulo dos

Hélène se quedó inmóvil un momento y miró a su alrededor, con una sensación de inseguridad. Estaba a punto de entrar a la sala de estar, por si acaso, cuando vio que Élise bajaba con dificultad las escaleras cargada con un enorme fardo y el cuerpo ligeramente inclinado hacia atrás para guardar el equilibrio y no caer por el peso. Como era habitual, vestía pantalones oscuros y anchos, un descolorido jersey azul y unas botas marrones de cordones. Con su oscura melena ondulada y sus enormes y expresivos ojos color coñac, era igual que su madre. Aliviada al verla, Hélène soltó un suspiro.

—Has vuelto pronto —dijo Élise, pero, a continuación, miró su reloj—. Ah, no es tan pronto.

—Has dejado la verja abierta.

—Creo que ha sido Florence.

—Me he asustado...

A pesar del enorme bulto, Élise se las arregló para encogerse de hombros.

—¿Y qué es eso que llevas?

—Solo algunas cosillas para un nuevo refugio. —Élise inclinó la cabeza hacia un lado y miró a Hélène con los ojos entrecerrados—. ¿Sabes que tienes pintura en el pelo? Mucha, la verdad.

—Ay, Dios. ¿En serio? —Hélène dio un paso atrás para mirarse en el espejo de la entrada y vio los delatores

mechones blancos que le recorrían el pelo y una pequeña mancha en la mejilla izquierda.

En el pasillo, unos cuadros al óleo y carteles salpicaban las paredes junto con otros dibujos enmarcados que las chicas habían dibujado cuando eran niñas. El gran espejo en el que ahora se miraba Hélène con el ceño fruncido, con su elaborado marco tallado de uvas y hojas de parra, había reflejado sus rostros durante gran parte de sus vidas. O en brazos de su madre, Claudette, cuando eran pequeñas, entre sonrisas y carcajadas al ver sus propias expresiones, o ahora, cuando se miraban para hacer una rápida comprobación del estado de su pelo. Había también una vieja fotografía amarillenta sujeta con un alfiler; un retrato de su madre con su hermana Rosalie no mucho antes de su huida. Las tres hermanas sentían la historia de la casa, la sensación de la familia, de las raíces y de que en ningún otro lugar se estaba como allí.

—¿Y qué tal te ha ido en el trabajo? —preguntó Élise.

—Hugo me ha dicho que pintara esta tarde las paredes del hospital rural. Llevaban años sin pintarse y, como no hay pacientes ingresados ahora, parecía el momento más apropiado para hacerlo.

—¡Vaya, pues está claro que por fin ha servido de algo tu dilatada formación como enfermera! Eh... —Se rascó un lado de la cabeza como si fingiera estar pensando—. ¿Cuánto tiempo llevas ya?

Hélène se rio.

—Tres largos años. Ya lo sabes. En fin, la verdad es que me ha gustado lo de tener que pintar hoy. —Hizo una pausa y, a continuación, cayó en lo que su hermana había dicho—. ¿Por qué un refugio nuevo?

—Los alemanes se están poniendo nerviosos. Y un nazi nervioso es más peligroso aún que un nazi a secas. La Resistencia se está asegurando de que haya suficientes lugares donde esconderse.

—Ojalá trataras de pasar desapercibida como el resto de nosotros. Sinceramente, Élise, estás consiguiendo que todos corramos el peligro de sufrir las represalias nazis.

Su hermana no contestó.

Hélène se quedó mirándola, pero, consciente de que no había nada que fuera a cambiar a Élise, se rindió y desvió la mirada.

—¿Y dónde está Florence? Supongo que también habrá salido a hacer alguna temeridad.

Élise hizo un gesto de desdén.

—Casi. Sigue en el jardín. Ahora está regando, creo. Ah, casi me olvido, hay una carta en la mesa.

—¿Que casi te olvidas? —preguntó Hélène con expresión de incredulidad mientras bajaba la mirada. Recibir cualquier tipo de correo resultaba tan inusual que ni siquiera se le había ocurrido mirar.

—Va dirigida a ti.

Hélène la cogió.

—Matasellos de Génova.

—Pues ábrela.

—Vamos a esperar a Florence. Podemos leerla juntas.

Hélène sabía que sería de su madre, Claudette. La única forma de que pudieran recibir cartas desde Inglaterra era que su madre las enviara a su amiga Yvonne, que estaba en la Génova neutral, y que después esta las metería en otro sobre para enviárselas a ellas. Oyó que se abría la puerta de atrás y fue a la cocina con Élise.

Florence estaba junto a la puerta. Menuda, con cara en forma de corazón, piel alabastrina y ojos de un plumizo azul grisáceo, tenía la falda llena de barro, su dorado pelo rubio revuelto y las mejillas rosadas por el esfuerzo tras haber pasado el día en el huerto. Más delicadamente femenina que sus hermanas, siempre insistía en coserse ella misma los vestidos y las faldas, que se ponía incluso cuando tenía que cavar la tierra.

Hélène levantó la carta en el aire.

—¡Por fin! ¿De mamá?

—Probablemente.

Hélène rasgó el sobre y miró la carta. Tras unos segundos, extendió las manos y dejó que la carta cayera sobre la mesa.

—Bueno —dijo Florence con impaciencia—, ¿qué dice?

—Casi nada. Léela tú.

Florence la cogió, pero pareció decepcionarse a medida que la fue leyendo y, después, se la pasó a Élise.

—En fin —dijo Élise un momento después—. ¡De lo más fascinante!

—No hables con sarcasmo de mamá —respondió Florence.

Hélène suspiró, pero entendía lo que Élise sentía. Su madre solo había escrito unas líneas para hablar de lo ocupada que estaba con la guerra. Que había ingresado en el Instituto de la Mujer y que básicamente se dedicaba a coser y hacer mermeladas. Apenas preguntaba cómo se las estaban arreglando sus hijas ni tampoco había hecho mención a lo complicado que debía de resultarles vivir bajo la ocupación; sino que, sobre todo, se había quejado de sus ruidosos vecinos y de lo dura que era la vida en Inglaterra, entre racionamientos y demás.

—Por lo menos ha escrito —dijo Florence.

Élise se limitó a darse la vuelta y, tras encogerse de hombros, salir de la habitación.

Capítulo tres

Hélène estaba pensativa mientras abría la ventana de su habitación a la mañana siguiente para escuchar las campanadas de la iglesia. Por suerte, era domingo y no tenía que ir a trabajar. Le encantaba contemplar las mágicas vistas de esa parte del Dordoña o, como su madre siempre lo llamaba, el Périgord Noir. Era una zona de robles y pinos, de cañones rocosos y acantilados con castillos y los pueblos más bonitos del mundo, con sus edificios de suave y mantecosa piedra caliza. Se quedó mirando cómo el sol salía entre la neblina de la madrugada para mostrar el brillo plateado sobre el río y la dorada luz del sol que bañaba los tejados del pueblo. La primavera ya había llegado del todo y el aire era fresco y cristalino.

—Nos vamos a divertir aquí, ¿verdad, Hélène? —le había dicho Florence siete años antes, cuando se habían mudado a la antigua casa de verano de su familia que quedaba junto a un serpenteante camino de las afueras de Sainte-Cécile.

La pobre Florence solo tenía quince años en aquel entonces y Hélène tuvo que esforzarse en recordar que su hermana seguía siendo una niña y que ella tenía que desempeñar el papel de madre.

—¿Iremos a ver los castillos y las cuevas? —había preguntado también la pequeña hermana.

—Sí, claro que iremos —había contestado Hélène, en un desesperado intento por proteger la visión inocente que tenía su hermana del mundo.

Sus vidas habían cambiado por completo y de manera irrevocable tras la repentina e inesperada muerte de su padre, Charles Baudin.

De niña, su madre había pasado muchas de sus vacaciones en Sainte-Cécile, como también los veranos durante los primeros años de su matrimonio mientras su padre se quedaba en casa, trabajando. Él era mitad francés y mitad inglés, y antes de su muerte había trabajado de funcionario en el Foreign Office de Londres. En este pueblo, todos conocían a «*maman*» de toda la vida, lo cual hizo que a las hermanas les resultara más fácil hacerse un hueco en la comunidad, aunque aún había unos pocos que no lo aprobaban y chasqueaban la lengua y hacían aspavientos por el hecho de que esas tres muchachas vivieran solas.

Élise asomó la cabeza por la puerta de la habitación de Hélène.

—Me voy a la cafetería.

Hélène la miró fijamente a los ojos.

—¿En domingo?

—Solo voy a estar unos minutos.

—¿No te da miedo?

—Claro. Desde que me despierto hasta que me acuesto. Quien diga que no tiene miedo, miente.

—Ay, Élise, ten cuidado.

Élise se rio.

—Eres doña angustias.

Hélène ladeó la cabeza.

—Es por el glamur, ¿verdad? Te divierte.

—Claro que no. La Resistencia es peligro, no glamur. Si conocieras a esos hombres y mujeres, verías.

—Lo siento, no quería decir que...

Élise la interrumpió con el ceño fruncido por la exasperación.

—Tienen que esconderse en sitios espantosos. Pasan hambre. Y frío. ¿Te acuerdas de las temperaturas heladoras

que pasamos en invierno?

—Élise, por favor.

—Y cuando paso armas escondidas bajo las patatas de mi cesto de la compra, me arriesgo más que si las estuviera blandiendo ante el enemigo.

Hélène soltó un suspiro.

—Eso es precisamente lo que me preocupa.

Élise se dirigió con paso airado a la puerta y, a continuación, se giró para fulminar a su hermana con la mirada.

—Te he dicho que lo siento.

Élise no le hizo caso.

—Y la gente piensa que somos unos bandidos. Terroristas. No, Hélène, no es glamuroso.

Cuando Élise dio un portazo al salir, a Hélène se le cayó el alma a los pies. Odiaba pelearse con Élise y no había tenido intención de menospreciar su trabajo, pero resultaba difícil hacer frente a las protestas de su hermana. Mientras se quedaba allí, sin saber bien qué sentir, oyó un gemido que procedía de la habitación de Florence. Suspiró al ver que la tranquilidad de la mañana había llegado a su fin, se puso una bata y fue en ayuda de su hermana. Florence estaba encorvada en el rincón de la habitación, con la cara más pálida aún de lo habitual. La ventana estaba abierta y las cortinas de ligera muselina se movían suavemente con la brisa.

Florence parecía aturdida cuando se giró hacia Hélène.

—¿Lo has oído?

—Lo siento. No he oído nada.

—Yo creo que habrá sido alguna *demoiselle*.

Hélène apenas pudo evitar poner los ojos en blanco. Tenía poco tiempo para los sueños y fantasías de su hermana.

—Florence —dijo con firmeza—. Despierta. Esas cosas no existen. Esas hadas tuyas del bosque no son reales. Son libélulas. Has oído algo fuera, solo eso.

—¿Sí? Creía que era ella. Vestida de blanco. Estaba sentada a los pies de mi cama.

—Si fueran reales, cosa que no son, solo vivirían en cuevas y grutas. —Se rio, con tono poco amable, y extendió la mano hacia su hermana—. No vendrían a sentarse en la cama de una persona normal y corriente.

Los músculos que rodeaban los ojos de Florence se contrajeron, pero, a continuación, los relajó. Tomó la mano de Hélène y se puso de pie.

—Tienes razón, por supuesto, pero he creído oírla susurrar.

—¿Susurrar el qué?

—Cosas terribles —murmuró Florence.

—No ha sido más que un sueño, ¿lo sabes?

Florence dejó caer la cabeza.

—Sí, perdona.

Su hermana menor había madurado en estos últimos años, pero aún podía ser frágil y sensible y mantenía la ingenuidad que la había caracterizado cuando era una niña.

—Olvídalo —añadió Hélène antes de dar un abrazo a su hermana—. Cuando te vistas quizá podríamos hacer unas *crêpes*. Todavía tenemos limones y miel.

—Son las que provocan el viento, ¿lo sabías?

—¿Quiénes?

—Ay, Hélène, las *demoiselles*, claro. Y también pueden calmarlo... Bueno, al menos, eso es lo que he leído.

Hélène contuvo su enfado, pero después estalló:

—Por el amor de Dios, Florence. Eso son cuentos de viejas de Lourdes. Y ahora, venga, espabila.

—¿Adónde ha ido Élise? —preguntó Florence—. He oído la puerta de la calle.

—A abrir su maldito «buzón», claro. Ojalá dejara de hacerlo.

—No lo va a dejar. Cree en lo que hace, igual que tú. Tú crees en la importancia de la labor de enfermería. —

Florence la miró con curiosidad—. Porque crees en ello, ¿verdad?

Hélène fue hacia la puerta mientras lo pensaba. ¿Creía en ello?

—¿Hélène?

Giró la cabeza hacia atrás.

—A veces. Yo creo que tú eres la única que cree en lo que hace.

—Ocuparse del huerto y de la cocina no son cosas en las que uno cree. No son más que tareas.

—Pero haces lo que te gusta.

—Supongo...

Hélène estaba ahora disfrutando de una poco habitual media hora dedicada a ella misma, leyendo *Una hora antes del amanecer*, la novela de Somerset Maugham. Había llegado enseguida a la conclusión de que Dora tenía que ser una espía nazi, lo cual le resultaba muy poco agradable, y estaba pensando en probar mejor con Agatha Christie cuando oyó que Florence la llamaba. «¡Se acabó!». Renunciando al libro a regañadientes, Hélène se puso de pie.

Justo detrás de la puerta trasera, la mimosa había florecido y su delicado aroma parecido al del jazmín flotaba entre la brisa. Hélène dedicó un momento a aspirar el agradable aire de la primavera y, a continuación, atravesó la pequeña terraza que estaba rodeada por un muro bajo de piedra. Bajó después los escalones de piedra y siguió por el serpenteante sendero que Florence había marcado cuando diseñó el jardín.

Su hermana, con la cara sonrojada, se movía arriba y abajo junto a un macizo de orquídeas salvajes rosas y púrpuras que había al fondo del jardín con una pala en las manos.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Hélène—. Estaba leyendo.

Con expresión de perplejidad, Florence miró fijamente a Hélène.

—Aquí hay algo.

—Siempre estás desenterrando cosas viejas.

—Esto es distinto. Parece hecho a posta. Escondido, quiero decir. No tenía intención de cavar tanto, pero la tierra estaba ya suelta. —Volvió a introducir la pala para demostrárselo.

—Vaya. ¿Es una tumba?

—Dios mío, espero que no. Me extrañaba que la tierra estuviera ya revuelta, así que he seguido. Parece reciente, como si acabaran de cubrir la superficie con piedras, por lo que, una vez que he empezado, ha sido fácil seguir cavando.

Hélène se asomó al hoyo y vio el borde de un gran recipiente o bote de metal.

—Vamos a sacarlo.

—Lo he intentado. Pesa demasiado.

—Dame la pala.

Florence le pasó la pala y Hélène empezó a cavar alrededor de la caja para poder cogerla mejor. Unos minutos después, con el corazón acelerado por el esfuerzo, se volvió a incorporar y se apartó el pelo húmedo de los ojos.

—Ya. Con eso debería bastar.

Juntas tiraron de la caja, que era más pesada y grande de lo que habían pensado al principio, y, por fin, consiguieron levantarla del suelo y apoyarla en el borde de hierba.

—Vamos a arrastrarla hasta la casa —propuso Florence—. Pero ¿puedes esperar un momento? Antes quiero cortar algunas flores de acacia. Lucille va a venir luego y se me ha ocurrido que podíamos usarlas. Me va a arreglar el pelo. Y las fresas están también listas. Las *Gariguettes*. Voy a preparar tarta de fresas.

A Hélène se le hizo la boca agua, aunque los pasteles hechos con harina de trigo casi le parecían de cartón. Florence cultivaba también fresas Charlotte, maravillosas con nata espesa. Hélène se quedó con la mirada perdida mientras se lo imaginaba. No tenían nata espesa.

Lucille Dubois era la amiga pelirroja de Florence que dirigía junto a su madre una pequeña peluquería en Sarlat. Lucille y Florence eran como uña y carne, pero Sandrine, la madre de su amiga, había sido siempre simpatizante del régimen de Vichy y creía que el colaboracionismo era la única forma de poder superar esta guerra. «No hay mejor manera de demostrar el patriotismo hacia nuestra querida Francia que apoyar el gobierno de Vichy», solía proclamar. Hélène y Élise despreciaban a los simpatizantes del régimen que siempre se mostraban encantados de besar el culo a los alemanes. Ella no estaba segura de cuál era la opinión de Lucille. A los diecinueve años era guapa y voluptuosa como su madre, de labios carnosos y un cutis de porcelana con apenas unas cuantas pecas espolvoreadas en la nariz y en las mejillas. Quizá fuese un poco tonta y frívola, se riera demasiado y le encantara un buen cotilleo, pero Florence la adoraba y se pintaban las uñas la una a la otra y Lucille le arreglaba el pelo.

—*Chérie*, con lo que Élise está haciendo, Lucille no puede venir ahora —dijo Hélène con un tono de voz que no admitía discusión.

—Pero si no va a decir nada.

—Escucha, en lugar de que venga Lucille, ¿por qué no nos probamos tú y yo algunos de los sombreros de *maman*?

—¿Dónde están? Hace muchísimo tiempo que no los veo.

—Estarán por el desván.

Florence cogió sus mimosas y, a continuación, volvieron a por la caja de metal. Era demasiado pesada como para arrastrarla fácilmente por el suelo irregular, pero a Hélène no le resultó complicado quitarle la tapa. Frunció el ceño al ver su contenido.

—¿Qué es? —preguntó Florence—. Parece una ristra de salchichas envueltas.

Hélène desenvolvió con cuidado el calicó que cubría una de las «salchichas».

—Por el amor de Dios —dijo con una mueca.

Florence se asomó a mirar.

—¿Es plastilina? Es de un gris muy raro.

Se quedaron mirando el surtido de cables, conexiones y demás parafernalia.

—¿Y para qué es todo eso? —preguntó Florence.

—Explosivos. Es lo que se usa para fabricar explosivos.

Capítulo cuatro

Hélène estaba aplacando su rabia con el ajo y las hierbas que estaba moliendo en el mortero. Estaban las tres sentadas a la mesa de la cocina ayudando a Florence a preparar un guiso de conejo. Últimamente, rara vez o casi nunca comían sus platos preferidos de *cassoulet*, *noisettes d'agneau* o *coq au vin*. Élise estaba untando de mostaza todos los trozos del conejo, para dejarlos después unas horas antes de cocinarlos a fuego lento al día siguiente. Florence pelaba patatas.

Cuando terminó su tarea, Élise se reclinó en su silla y levantó los pies sobre la mesa.

—¡En serio, Élise! —estalló Hélène—. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? ¿Quieres romper otra silla? Y estamos preparando comida.

—Lo siento —murmuró Élise sin parecer lamentarlo en absoluto, pero, aun así, apartó los pies de la mesa y se incorporó.

—¿Y bien? —preguntó Hélène, levantando la vista de lo que estaba haciendo, todavía enfadada por la actitud despreocupada de su hermana—. ¿Sigues en contacto con Victor? Supongo que fue él quien te pidió que enterraras los explosivos.

—Claro. Me salvó la vida.

—Eso no lo sabes.

—Pues me salvó de que me retuvieran a punta de navaja.

Hélène bajó la mirada a la mesa para que no se vieran sus ojos humedecidos. Extendió una mano para apretar la de Élise.

—¿Y los maquis vuelven a estar activos, aun después de lo que ha pasado?

—Precisamente después de lo que ha pasado.

A los de la Resistencia los conocían en el pueblo como «los maquis». Se habían enfrentado a los invasores alemanes, pero muchos habían muerto y habían sufrido espantosas represalias de los nazis. Tras el impacto de aquellas semanas en que la división Brehmer alemana o la BNA, la Brigada Norteafricana, habían sembrado el terror por el Dordoña, Hélène y sus hermanas estaban por fin recuperando cierta estabilidad emocional. Hélène había visto en la plaza principal de Sarlat por primera vez a la BNA paramilitar, un grupo de mercenarios fanfarrones y presumidos. Matones violentos, según descubrieron más tarde, que procedían de los bajos fondos parisinos. Algunos habían llegado de Marruecos, pero la mayoría eran franceses de pura cepa. Llevaban cinturones anchos con hebillas de las Waffen-SS, boinas azul marino, monos oscuros y chaquetas de piel de oveja. Fuertemente armados con ametralladoras, llevaban los bolsillos llenos de granadas que esparcían como si fueran confeti. Eran hombres malvados que violaban, mataban y torturaban, indiferentes al sufrimiento de los demás. Arrestaban a civiles y maquis por igual, ejecutaban a todo aquel que se les antojaba, prendían fuego a casas y granjas, robaban todo lo que les apetecía y eran odiados por casi todos. Pero no por los colaboracionistas, se recordó ella. Dios mío. Estos hombres de la BNA andaban sueltos por el Dordoña porque la Gestapo y la policía habían sido incapaces de controlar las actividades de la Resistencia. Los maquis habían volado puentes, cerrado el paso de túneles, atacado unidades militares alemanas y estallado depósitos de

almacenamiento. La BNA y la división Brehmer eran la venganza nazi.

—He oído que han vuelto —dijo Élise con un forzado tono plano.

Mientras Hélène recordaba el día en que Victor había traído a Élise a casa, con la cara magullada y los ojos llenos de rabia, Florence se estremeció y, a continuación, se puso los dedos en los oídos. «La, la, la», canturreó, y Hélène lanzó a Élise una mirada que quería decir: «Tenemos que cambiar de conversación».

Durante todo el tiempo que había sido razonablemente capaz, Hélène había tenido la esperanza de crear un mundo en el que la guerra no invadiera demasiado la vida de las tres hermanas. Las había mantenido a salvo, pero desde el día en que la vida de Élise había corrido peligro, su hermana ya no se mostró dispuesta a mantenerse al margen de la labor de la Resistencia.

Élise levantó las manos.

—Muy bien. Me libraré de los explosivos, pero ahora vamos a ocuparnos de los buñuelos de acacia. El aceite debe estar bien caliente.

Florence sonrió al instante.

—Llámalos por su verdadero nombre. Son *beignets de fleurs d'acacia*. —Había lavado ya los racimos de flores y los había metido en un cuenco con azúcar y unas gotas de lo poco que les quedaba de armañac. Ahora estaba preparando el rebozado, con una mezcla de un poco de su preciada harina, huevo, leche y agua, y después añadió las flores a la mezcla. Tras freírlas en aceite abundante, las espolvoreó con azúcar y las tres hermanas se dispusieron a devorarlas con gusto.

La de ellas había sido siempre una casa feliz, aunque algo húmeda cuando habían llegado a ella y con el jardín convertido en una jungla. Ahora, sobre todo, cuando Florence elaboraba estas delicias para ellas, estas noches en medio de la guerra cobraban importancia. Estar

confinadas así tras el toque de queda las unía más y les ayudaba a mantener a raya ese miedo ya endémico. Al principio no tenían ni idea de lo que era tener que esperar rezando, temiendo lo peor, y pasar la noche despiertas sin saber qué les esperaba por la mañana. E incluso después de julio de 1940, cuando su país había sido invadido y vencido por la Alemania nazi y Francia había quedado dividida en dos regiones, todavía no habían sufrido la presencia militar del Eje. No hasta que los nazis ocuparon también lo que se conocía como «su zona libre» en noviembre de 1942. Entonces sucedió. La Francia de Vichy quedó también ocupada. Y luego la invasión y desmoralización de su mundo fue completa. Había sido un golpe demoledor.

—Hélène y yo nos vamos a probar los sombreros de *maman* —dijo Florence mirando a Élise a la vez que se limpiaba un poco de masa crujiente de los labios—. ¿Quieres tú también?

Mientras Hélène y Élise subían al desván a por los sombreros, Florence se quedó en la cocina fregando los platos. Con su despensa y su baño anexo, sus armarios pintados de azul y la vieja mesa de pino con desaparejadas sillas de madera, la cocina había sido siempre el corazón de la casa y a Florence le encantaba.

En la planta baja estaba el distribuidor principal desde el que se elevaba la impresionante escalera, el «salón», según insistía siempre su madre que era el nombre correcto, aunque para las hermanas no solía ser más que una «sala de estar». Hélène rara vez tocaba el piano vertical, pues el afinador se había ido a la guerra en 1939 y ahora estaba completamente desafinado. Había también un pequeño estudio y otra habitación que las hermanas usaban como cuarto de la costura y despacho y que conducía a lo que antiguamente había sido la escalera de servicio.

Cuando llegaron por primera vez, las tres hermanas hicieron cortinas de rayas azules y blancas y preciosas

pantallas de lámparas y cojines de todos los colores. Nada combinaba. Unas clásicas alfombras persas de llamativos colores, la mayoría de las cuales había comprado su madre años antes, decoraban los irregulares suelos de madera de roble de sus dormitorios, y otras más claras y de pelo corto de Aubusson con elegantes dibujos florales y fluidos formaban parte de la sala de estar.

Ahora, en lo alto de las escaleras, Hélène daba empujones y empellones y, por fin, conseguía desatascar la escalerilla y subirla al interior del polvoriento desván para buscar los sombreros de su madre. A continuación, subieron Élise y ella. Antes de llegar a aquella casa, habían tenido que guardar tantos trastos en el desván que, salvo cuando necesitaban algún documento importante, nunca sintieron el deseo de ordenarlo todo como debían. Decidieron empezar la búsqueda mirando dentro de un par de grandes baúles por si encontraban ahí los sombreros. Cuando Hélène levantó la tapa, vio que el primer baúl parecía contener principalmente menaje de cocina y ni rastro de sombreros. Aun así, sacó una jarra amarilla esmaltada, oxidada por los bordes, y unas tazas de rayas azules y amarillas de *café au lait*, dos fuentes decorativas antiguas de charcutería, un juego de seis latas esmaltadas de color azul claro, una mantequera o vasija típica francesa y algunos cacharros de cerámica torneados a mano. Después, Hélène sacó un orinal de porcelana ribeteado con dibujos de flores rosas.

—Rosas. Qué bonito. Una pena que no puedan disimular el olor.

Las dos se rieron.

Élise se inclinó sobre el baúl.

—Mira. Aquí dentro hay también un montón de cosas de cobre.

Le pasó a Hélène una jarra de cobre y, después, una cafetera vieja, un tarro grande y un hervidor.

—A Florence le van a encantar en cuanto estén limpias.

—A Florence le encanta todo lo que sea antiguo —dijo Hélène mientras seguía buscando, aunque valoraba el trabajo de Florence en la cocina y en el jardín. Florence cultivaba casi toda la comida, cocinaba y hacía su maravillosa mermelada de fresa y su jabón aromático. Tanto la carne como la pasta, el azúcar y el pan estaban racionados, pero mientras los nazis no les requisaran sus productos —ni supieran lo que tenían escondido—, las tres hermanas podían alimentarse relativamente bien. Florence escondía sus patatas de siembra bajo un tonel de agua del baño y había hecho más escondites para los huevos y otros valiosos alimentos fuera de la casa, un delito por el que podrían arrestarla. A los hombres se les repartía cupones de cigarros y cuatro litros de vino al mes, pero el chocolate era oro puro. Hélène habría dado lo que fuera por conseguir chocolate. La mantequilla era muy apreciada, y Florence hacía una mantequilla blanca bastante fina, pero pura, con la leche de sus cabras. También elaboraba queso y remedios utilizando las hierbas que cultivaba. Por este motivo era por lo que Hélène y Élise se dirigían cariñosamente a ella llamándola «su brujita».

Élise sacó un antiguo cuenco de cocina y una jarra de vino de cerámica.

—Y yo podría usar estas cosas en el café —dijo.

Hélène soltó un suspiro.

—¿Vas a volver a abrirlo? No lo sabía. ¿No es una locura?

—La locura sería no abrir —contestó Élise mirándola a los ojos, pero evitando, a continuación, ese espinoso tema de conversación—. ¿Bajamos todo esto con unas cestas? Voy a bajar a por un par de ellas.

Mientras Hélène veía cómo su hermana salía, la angustia se hizo un hueco en su interior. Había rezado porque su hermana no volviera otra vez a las andadas o para que, por lo menos, dejara que fuera una cafetería sin más. Se distrajo abriendo el cajón superior de un antiguo mueble. Dentro había algunas sábanas deshilachadas, una manta de